CAPÍTULO X

EL MAR EN LA TIERRA

I

Una lluvia torrencial amenazaba los campos con los horrores de nuevo diluvio; cuando ésta cesaba, jugaba el huracán en el espacio con los copos de nieve, ligeros como espuma; las sendas altas eran barrizales, las cañadas torrentes y los valles lagos.

El carro marchaba, venciendo una dificultad en cada paso; atollado á veces y mal guiado otras, había ocasiones en que las religiosas tenían que bajarse y caminar por senderos impracticables, mientras el conductor y los guías llevaban penosamente el vehículo por la orilla de horribles despeñaderos, en cuyo fondo bramaban los arroyos, convertidos en ríos caudalosos. El P. Gracián y sus compañeros, aunque envueltos en gruesas mantas, iban calados por la lluvia, mas con tan inalterable sosiego como si viajaran con

las mayores comodidades. No conocían el terreno, pero su prudencia servía más que la experiencia, de que tanto se alabaron los guías.

Efecto del frío y de la humedad, ó de que el Señor quería aumentar con dolores sus méritos, el estado de salud de la santa Madre empeoraba cada vez más: amagada de una recia perlesía que años antes le hizo padecer largo tiempo, resentido un brazo que se fracturó y le curaron mal, y cruelmente inflamada la garganta, hasta el punto de que ni líquidos podía pasar, cuando llegó á Valladolid iba de modo que bien se justificaban los temores de Teresa de Cepeda.

II

—¡Oh, querida Madre nuestra! —exclamó María Bautista, que, rodeada de su Comunidad, había acudido á recibirla.—¡Cuál llega su reverencia de enferma y helada! Venga pronto á descansar, que harto lo necesitan sus trabajos.

—Más trabajo es no servir al Señor en nada, —repuso con fatiga la animosa fundadora.

No consintió reposar mientras no dispuso cuanto se había de hacer, y pudo gozar en el coro algunas horas de soledad y oración, con gran asombro de sus hijas, á quienes parecía imposible que en cuerpo tan débil cupiera tal resistencia.

Lo primero que encargó fué que se enviara un hombre á explorar el camino, que la habían asegurado se hallaba intransitable, y en tanto hubo de resignarse á que la vieran los médicos, que la previsora ternura de su sobrina hizo llamar.

El parecer de éstos fué que marchara inmediatamente, pues estaba amenazada de males tan graves que, si les daban lugar á desarrollarse, en muchos meses no se podría mover; la misma opinión tenía la santa Madre por lo que sentía en su interior; pero la vuelta del enviado deshizo todos los proyectos: el hombre aseguraba que era imposible caminar ni media legua, pues la vista de los campos semejaba la de un mar turbio é inmóvil. Sólo de trecho en trecho se divisaban casas inundadas y algunas en ruinas; en los terrenos altos, los grupos de lentiscos y retamas casi desaparecían bajo el agua; á estas desconsoladoras noticias se unían las súplicas de las monjas con tal afán por que se quedara, que Teresa de Jesús sentía vacilar su firme resolución de partir á toda costa.

Con estos pensamientos se recogió á orar, y el Señor no tardó en manifestarle su voluntad.

—«*Bien puedes ir, y no temas,*—le dijo,—*que yo estaré con vosotros.*» (*Fundaciones,* capítulo XXXI, núm. 9.)

Teresa guardó silencio respecto á la revelación; pero rompió con los respetos humanos, y mandó prevenir la marcha para el siguiente día.

Afligidísimas las monjas con esta separación, procuraban oponerse á ella por todos los medios posibles; pero la santa Madre, que deseaba mostrarles su ternura enseñándoles cómo servirían mejor al divino Esposo, sólo contestaba á sus ruegos con prudentes razones. Por más que el mal de la garganta le hiciera muy difícil hablar, hizo señas que iba á proferir algunas frases, y un profundo silencio reinó en torno suyo.

—«Hijas mías, —les dijo:—harto consolada voy de esta casa, de la perfección que en ella veo, y de la pobreza y caridad que unas tienen con otras; y si va como ahora, nuestro Señor les ayudará mucho.

»Procure cada una que no falte de ella un punto de lo que es perfección de Religión.

»No hagan los ejercicios de ella como por costumbre, sino haciendo actos heroicos, y cada día de mayor perfección.

»Dense á tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no se puedan poner por obra.» (Aviso 6.° del tomo de Cartas, números 2, 3 y 4.)

III

La aurora del siguiente día mostraba á los viajeros, envueltas en vaporosa niebla, las torres de Valladolid: la santa reformadora suspiraba bajo su velo, y enviaba tiernas caricias de despedida á la priora María Bautista.

Continuaba el cielo encapotado, y ni un rayo de sol lograba romper las espesas nubes; una sábana de blancura deslumbadora cubría las crestas de las montañas, y los lagos de los días anteriores, mal embebidos en la tierra, formaban profundos lodazales.

Con tiempo tan riguroso, y después de vencer mil peligros, llegaron á Palencia; cuando la santa Madre bajó del carro á la puerta del monasterio, sintió el consuelo que experimenta el viajero extraviado al divisar de lejos la amada torre del campanario de su aldea. Oía con extrañeza que

las campanas volteaban sin cesar. ¿Qué fiesta celebraban sus hijas? Aunque se hallaba próxima al umbral que separaba el siglo de la clausura, le era imposible evadirse de la compacta multitud que la rodeaba solicitando su bendición y ensalzándola en altas voces; enferma y fatigadísima, olvidaba sus trabajos para contestar á los plácemes y entusiastas bienvenidas, y pedía fervorosamente al Señor que derramara los tesoros de su gracia en aquellos generosos corazones:

Al abrirse la puerta reglar creció la sorpresa de la fundadora, viendo el interior de la clausura vistosamente engalanado con ramos, guirnaldas y arcos de flores, á lo que daba más halagüeño aspecto muchos altares resplandecientes de luces y adornos. La Comunidad, formada en dos filas, con cruz alta y ciriales, entonaba el *Tedéum;* cuando Teresa se convenció de que todas aquellas fiestas eran por su llegada, quiso reprenderlas como extremos; mas se contuvo en gracia de la sana intención con que lo hacían.

Sentíase más dispuesta que nunca á amar y perdonar, y gozaba en estas entrevistas con sus hijas una felicidad misteriosa, aunque llena de tristes presagios.

—Venerable Madre nuestra, —le decía la Priora al conducirla honrosamente á la celda que le habían destinado,—quédese algunos días con nosotras, ya que hasta el Señor lo quiere así, por lo intransitables que están los caminos.

—Créame su reverencia,—añadía la hija menor de Catalina de Tolosa;—según dicen, más falta hacen barcos para atravesar las lagunas que carros con que vadearlas.

—«Aunque sean muy recios los trabajos, en teniendo contento á Dios y conformándonos con su voluntad, se nos hacen dulces»;—respondió la Santa con alegre semblante. (Espíritu del libro V de las *Fundaciones,* núm. 8.)

Después de conferenciar buen rato con ellas aceptó el reposo que tanto necesitaba, y antes de nacer la aurora del siguiente día recorría el monasterio acompañada de la Prelada, y pasaba minuciosa revista á tornos, redes y locutorios. Contenta y admirada, vió en todas partes limpieza, sencillez, espíritu de pobreza evangélica, y primoroso esmero hasta en los detalles más nimios; visitó la sacristía, y halló las alhajas, si bien de escaso valor, labradas con exquisito gusto; la ropa blanca, fina y perfumada; este último pormenor la hizo sonreir levemente, porque le traía á la memoria un caso que algunos años antes le sucedió en Medina del Campo, y que por su brevedad me atrevo á referir.

Iba una mañana á decir Misa Fr. Diego de Yepes en la iglesia de aquel monasterio, y por el tornillo de la sacristía le dieron para enjugarse las manos una toalla perfumada. Parecióle esto mucha curiosidad; pues aunque los paños de altar y corporales sufría que lo estuvieran, en los de manos le desagradaba tanta delicadeza. Así, reprendió severamente á la santa Madre, la cual le respondió con discreta gracia:

—«Sepa mi Padre que esta imperfección han tomado mis hijas de mí; pues cuando me acuerdo que Nuestro Señor se quejó al fariseo, en el convite que le hizo, porque no le había recibido con mayor regalo, querría yo que desde el umbral de la puerta de la iglesia estuviera todo bañado en agua de ángeles; y mire mi Padre, que no le dan ese paño por amor de vuesa reverencia, sino porque ha de tomar en esas manos á Dios, y para que se recuerde de la limpieza y buen olor que ha de llevar en la conciencia; y si ésta no fuese limpia, váyanlo siquiera las manos.» (Padre Yepes, lib. III, fol. 186.)

IV

Apenas concluyó la santa Madre el frugal desayuno que admitió á fuerza de instancias, despidióse tiernamente de la afligida Comunidad, y sin arredrarle el terrible huracán que se había desatado, tornó á seguir su viaje. Llevaba en su compañía cuatro monjas de aquel convento, que, con dos más de Alba de Tormes, iban con ella á realizar la fundación de Burgos.

Los riesgos, atolladeros y dificultades se sucedían con desoladora frecuencia; cerca de medio día vió Teresa el carro que marchaba delante casi vencido á la orilla de un profundo despeñadero; y fué tal el sobresalto de su corazón, que, apenas se hubo salvado milagrosamente el mal paso, ordenó adelantar el vehículo en que iba, á fin de ser la primera en exponerse á los peligros.

Hacía rato que había cerrado la noche, cuando, extenuados de cansancio y ateridos de frío, llegaron á una venta semejante á la que en otra parte queda descrita camino de Sevilla; salvo que el ventero, con franqueza castellana, dijo desde luego que no tenía ni un mal lecho que ofrecer á la enferma.